

TRANSFUSIÓN O CARRETEANDO EN LA CALLE

JUAN CRISTÓBAL SOTO

Actor

Enterar a la Plaza de Armas con diez carretones de mano, que transportan el vestuario de veinticinco actores, un telón, diversos instrumentos del grupo musical, bases de cemento para siete velas gigantes; y además acordonar el espacio, afinar los instrumentos y estar listos para comenzar en quince minutos, todo esto sin que la fuerza pública logre detener la acción, es una experiencia adrenalínica. Hacerlo en la Plaza de la Constitución, al frente de la Moneda, un lunes al mediodía, es aún más delirante.

Eramos un grupo grande, obsesivo, y nuestros carretones eran imparables; estuvimos al frente de la Cárcel Pública en un homenaje a los presos políticos, logrando parar el tráfico y hacer a la gente bailar y cantar, para después hacer lo mismo en la Cárcel de Mujeres, provocando la ira de los pacos. No nos podían parar, los tiempos habían cambiado y *Transfusión* era un reflejo de este verano "Tierra de Nadie". Teníamos democracia, pero aún no lográbamos tocarla, pero se palpaba; había sangre nueva que recorría las calles de Santiago.

Algo de nuestra historia...

Conocí a Mauricio Celedón en un taller de pantomima, que dio en diciembre del '88



en *El Espiral*. Comencé a descubrir la técnica del Mimo Corporal Dramático, dentro de un marco de exigencia y disciplina desconocida para mí y todos nosotros. La ilusión ya no corría; había que descubrir lo dramático en el gesto, y éste debía hacerse con una precisión teatral. El cuerpo era una carga explosiva a

punto de estallar con cada mirada, silencio, equilibrio o suspensión. Había que retener esta energía y ubicarla en un centro en donde la emoción naciera y se proyectara. Se me estaba develando una pantomima nueva, una búsqueda que después del Taller se prolongaría en un mimodrama callejero. La idea era hacerle un obsequio de año nuevo a Valparaíso. Mauricio invitó a algunos compañeros del Taller y junto a un lote de cuarenta profesores porteños trabajamos cinco días, de sol a sol, para estructurar un espectáculo grandioso, con música, zancos, máscaras, fuego, y todo esto contado a través de la magia del mimo. Una experiencia enriquecedora y estimulante.

Quedé impregnado de una energía nueva y revitalizante como pocas. Pantomima, Parque Italia, Valparaíso y sus cerros... y Mauricio volvió a París, al Theatre du Soleil.

Hacía falta Mauricio, había que encender el fuego para que este maravilloso arte alumbrara al teatro otra vez. La gran contri-

bución de Jodorowsky, y del maestro recientemente fallecido, Enrique Noisvander, junto a Pachi Torreblanca y Jaime Schneider, se había esfumado. El silencio estaba dormido en un largo sueño. Muchos intentamos despertarlo con pantomimas solitarias, por aquí y por allá, en encuentros de teatro, peñas o en la calle. Ejercicios aislados perdidos en el laberinto de los currículum de las escuelas de teatro. ¿Qué duda cabía? El silencio dormía...

... y Mauricio Celedón, junto a su compañera Claire, volvieron a Chile en vísperas de las elecciones presidenciales. "Hagamos otra Bombita; ésta se va a llamar Transfusión". Aún recuerdo la alegría y el clic que me produjo el escucharlo. No había tiempo que perder. Al otro día nos juntamos con Jessica Walker, Sandra Briones, Agustín y la Claudia de Valparaíso. Nos reunimos en el ex pedagógico, lugar que nos cobijó durante la primera etapa de nuestra aventura. El "trabajo de mesa" duró tres horas. Mauricio nos contó un poco la idea; un esqueleto débil que le faltaba carne y alma. "Vamos a utilizar carros de mano de La Vega y en estos carros se trasladará un hospital y en estos carros recorrerá distintas plazas y parques de Santiago. Un hospital que contará la historia de América Latina, la historia de nuestro continente enfermo, desde el primer hombre que llega hasta la independencia de Chile.

América Latina ha tenido muchas transfusiones muy heterogéneas entre sí, desde el Hombre de Asia que cruza por el Estrecho de Bering, pasando por los Colón, Cortés y Pizarros, hasta los propios indígenas de nuestra tierra. Hombres que vinieron a conquistar en vez de colonizar. Sangres distintas provenientes de lugares diferentes. Estas son las TRANSFUSIONES que han ido desgastando y enfermando a nuestro continente".

Algo de nuestra obra...

Con esta historia, distinta y atractiva, comenzamos a trabajar de inmediato sobre el escenario, sin otro texto que el de *Memorias*

de fuego de Eduardo Galeano. Las primeras improvisaciones fueron para descubrir este hospital con su delirio propio. Doctores, enfermeras y los enfermos con sus exámenes, inyecciones, píldoras, desmayos y muertes. Teníamos que descubrir las acciones y los gestos apropiados a partir del juego de la pantomima. Había que indagar en estos personajes, y llenarlos con la emoción, concepto base de todo nuestro trabajo. Al descubrir esta emoción surgía clara y nítidamente el gesto apropiado que develaría el alma del personaje. Nuestro hospital fue el comienzo; a medida que se armaba éste, comenzamos a indagar en la Historia: el hombre de Bering, con hambre, frío y miedo, bajando por las montañas, cruzando los hielos y llegando al Nuevo Mundo. También Colón con su obsesión de la travesía. Aparecían ciertas pautas que eran dadas por Mauricio como lo redondo, el huevo, las enfermeras embarazadas a punto de dar a luz.

Pasaban horas y días de improvisaciones sin acabar, en donde todos íbamos descubriendo los personajes, dándoles un carácter, y llenándolos de gestos y silencios. Era obvia la identificación actor-personaje o, mejor dicho, algunos iban apropiándose de los personajes hasta lograr una empatía. Estas improvisaciones se basaban en la contribución de todos, actores y actrices, en lograr el bien común: levantar la escena con una verdad históricamente reconocible, y la mejor utilización del elemento de trabajo que teníamos a mano, nuestros carros.

La acción pura era la que prevalecía; de cada ejercicio se rescataban dos o tres gestos. Era ése el momento en el que el actor tocaba al personaje. Y también los personajes nos tocaban a nosotros. Es por esto que hay un poco de todos en el Colón como también en la Malinche. Como actor había que indagar en estos estados del alma, rescatarlos y proyectarlos a través de la acción.

La escena iba creciendo en ritmo y este esqueleto comenzaba a tomar cuerpo y alma. La idea se hacía realidad y la estructura dramática empezó a perfilarse; así dábamos a

luz el hecho teatral, momento mágico que aún me asombra sin lograr darme cuenta cómo sucede.

La música, al igual que la historia, crecía a medida que las escenas se desarrollaban. Todo se hacía jugando, con instrumentos traídos por nosotros mismos. El silencio comenzaba a llenarse con la melodía. El hecho de que los cinco músicos iban componiendo e improvisando, dándole los sonidos y ritmos a cada personaje, nos envolvió en una complicidad que determinó en forma importante el espíritu de **Transfusión**. Se adquirió una responsabilidad compartida, que

posteriormente en las funciones provocó más de una discusión. Era imposible separar la actuación de la música; ambas cosas estaban ligadas de una manera intolerablemente hermosa en nuestra tarea.

La cosa fue que el desgaste de la obra nos hizo un poco más susceptibles. Marchábamos con diez carros de mano de La Vega (que en realidad eran de Lo Valledor), grandes y pesados, que los utilizábamos como carros de carga; con estas ruedas partíamos a donde queríamos, como gitanos del teatro. A intervenir cualquier lugar urbano. En la obra misma, los carretones se transformaban cons-

"Transfusión" en una presentación frente al Palacio de Gobierno, La Moneda, en Santiago.



tantemente desde camas de hospital y cárceles hasta un tren en donde O'Higgins se enfrentaba con Manuel Rodríguez. Los carretones eran nuestros actores principales.

Sucedía a veces que teníamos funciones fuera de Santiago o en comunas alejadas. Llegaban los camiones, que no siempre eran lo suficientemente grandes, y a falta de técnicas cargábamos y descargábamos todo el material nosotros mismos, labor que nos tomaba cerca de una hora y media a veces. Era un trabajo agotador que requería de fuerza y paciencia y una mejor disposición. De más está decir que la función tenía que salir impecable.

Algo de nuestra casa...

La obra surgió y se construyó en Matucana 19, "el garage internacional". Luego de una travesía desde el ex Pedagógico, nos instalamos aquí para empezar a vivir **Transfusión**. Surgieron los talleres de vestuario, máscara y utilería, además de nuestros telones, uno de los cuales nos enorgullece. Mide 10 por 6 metros y quienes hayan ido a una función a Matucana lo pueden haber admirado. Aparte de ser actor-mimo, había que ser costurero, pintor, carpintero y cocinero, ya que también se almorzaba ahí. Como los ensayos duraban hasta diez horas, además del trabajo de producción, Matucana se transformó en un teatro-casa. Muchos de nosotros pasamos semanas completas, organizando nuestras vidas para poder ensayar, además de vivir. O mejor dicho subsistir. De noche se conversaba sobre el trabajo que estábamos haciendo, después de haber participado de una olla común; también se tomaba y fumaba. Había que vivirlo a concho... Y al otro día a ensayar, cocer, pintar o martillar... Lo que viniera. **Transfusión**, de mimodrama callejero, pasó

a ser una empresa teatral no viable, pero desbordante de mística y fe.

A poco más de un mes de haber dado la última función en el Parque Forestal, ¿qué cosas quedan?: un buen aplauso, la plata del sombrero que nos alcanzaba para comer al otro día, un público que miraba, compartía y participaba con nosotros de esta locura. Muchos nos seguían por las calles y volvían dos o tres veces a ver la obra. Los carretones y las velas eran parte del paisaje urbano de este verano. Entre vendedores ambulantes, gente que esperaba micros, borrachos y pacos, nuestra carga de dos toneladas y media, manejada por doctores y enfermeros, provocó más de un atado. Fuera en el centro o en la Estación Central, en el sur o en Viña, el público se vio sorprendido por esta caravana que no se detenía ante nada. La cosa ardía. Los niños eran los que más nos acompañaban en estas travesías, y nosotros como niños malcriados gozábamos cada pedazo de función.

- ¿de que reímos? sí

- ¿de que aprendimos, pasamos hambre y frío? sí

- ¿de que nos quisimos hasta el amanecer entre trabajo y fiesta? sí

- ¿de que nos odiamos y nos reventamos? sí

Sí a todo, a lo bueno y a lo malo, también a lo más o menos y a lo que no estuvo; sí al Colón, al Cortés, a la Malinche, al O'Higgins y al Rodríguez; y a los sin nombre... mutantes creadores de nuestra compañía:

TEATRO DEL SILENCIO.

Gracias al Unihotel de Guayaquil por prestarnos su máquina de escribir. Gracias al Gustavo que lo pasó a máquina, amigo actor uruguayo encontrado por estos lares. Gracias a la Jessica que escribió el final. •